

LA HERENCIA

Aún recuerdo el día en el que mi abuelo me entregó una caja con unas gafas dentro, gafas que me acompañan hasta hoy. Ocurrió hace mucho tiempo, cuando yo tendría unos quince años y detestaba todo lo heredado. Ya que era la menor de tres hermanos y siempre me tocaba recibir lo que a ellos ya no les servía o no querían, mientras que ellos recibían cosas nuevas.

Era un día normal o, mejor dicho, tranquilo, ya que un día no puede ser muy normal cuando en una misma casa viven siete personas. Recuerdo que aquel día mi abuelo parecía inquieto, escondiendo una caja que llevaba en las manos de un lado a otro, hasta que al final se decidió a entregármela diciéndome que era de su padre y que le encantaría que la tuviera yo. También añadió que no la abriera hasta que estuviera a solas en mi cuarto y que tuviera cuidado.

Primero me molesté porque pensé, “otra cosa heredada, ¿no me podrían dar algo nuevo de una vez?”, pero como sabía que no iba a suceder, lo olvidé y me fui a mi cuarto.

Cuando por fin estuve a solas en mi habitación, ya que lo compartía con una hermana, decidí abrir la caja y dentro encontré unas gafas. No eran ni por asomo bonitas. Montura metálica, fina, ligeramente torcida, cristales transparentes sin ningún brillo especial. Nada que gritara magia. Nada que justificara el misterio con el que mi abuelo me entregó la caja. También descubrí un papelito bastante bien doblado en el que ponía: “no son para ver más, sino para ver distinto”. Esa frase la entendí después.

Sin pensar demasiado me las puse. Fue un gesto automático, como cuando te pruebas un anillo o un sombrero.

Al principio no noté ningún cambio aparente. Mi habitación seguía igual que antes; la ventana mal cerrada, la ropa tirada por el suelo y la cama sin hacer. Pero entonces parpadeé varias veces. Algo se había movido. No exactamente delante de mí, sino debajo de lo visible.

Como si la realidad tuviera dos capas, una más de la que hubiera imaginado, una que nunca supe enfocar hasta el momento.

Las paredes de mi cuarto parecían más gruesas, como si ocultaran algo por dentro. Las sombras no se estaban quietas, temblaban levemente como si quisieran decirme algo que no entendía. Me quité las gafas casi de inmediato. Todo volvió a la normalidad. Pero finalmente me las volví a poner. Al momento siguiente reparé en que en mi escritorio había una pequeña grieta de la que emanaba una fina línea de luz, casi imperceptible. El reloj seguía marcando la misma hora, pero el tic-tac sonaba diferente, como si estuviera contando algo más que segundos.

Nunca llegué a sentir miedo. Siempre sentí curiosidad. Cosa que con el tiempo resultó que podía llegar a ser peligroso. Recuerdo que durante los siguientes días me puse las gafas a escondidas. Cuando me las ponía, la ciudad cambiaba, pero sin transformarse del todo. Las calles seguían siendo las mismas, los edificios no se movían de su sitio y la gente caminaba como siempre, pero algo en el ambiente cambiaba cada vez que me las ponía, como si todo estuviera ligeramente fuera de lugar. Algunas fachadas parecían un poco más antiguas de lo que recordaba, llenas de marcas en las que nunca antes había reparado. Las farolas tenían sombras demasiado largas, daba igual la hora que fuera. Había partes en las que el aire parecía más denso, como si costara atravesarlo. No sabía explicarlo en ese momento, pero tenía la constante sensación de que la ciudad estaba cansada.

Las personas también parecían diferentes. No todas. Había algunas que estaban rodeadas por una especie de brillo, casi imperceptible, otras, en cambio, parecían incompletas, como si les faltará algo, algo que no sabría nombrar. Esas personas caminaban, hablaban, reían, pero al mirarlos con las gafas puestas sentía un vacío difícil de ignorar.

Empecé a observar más a menudo. Me sentaba en bancos por la calle y fingía mirar el móvil, pero en realidad miraba a la gente que pasaba por delante de mí. Me decía a mí misma que no estaba haciendo nada malo, que solo estaba observando. Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba con las gafas, más difícil se me hacía quitármelas.

Hubo un momento en el que me di cuenta de que algo no iba bien. No fue nada espectacular ni inmediato. Simplemente, una tarde al llegar a casa, me descubrí buscando las gafas antes de dejar las cosas del instituto, lavarme las manos y quitarme los zapatos, cosa que era lo primero que hacía siempre al llegar a casa. Fue cuando entendí que ya no me ponía las gafas solo por curiosidad.

Con ellas, todo parecía tener un sentido diferente, como si el mundo siguiera otras reglas que antes no había notado. Algunas veces, cuando miraba durante mucho tiempo un objeto, tenía la sensación de conocer su historia. Otras veces, eran las personas las que más me inquietaban. Algunas parecían arrastrar algo invisible, un peso que no les impedía caminar, pero que con las gafas era inevitable no verlo.

Sin darme cuenta empecé a clasificarlo todo. No sabía por qué lo hacía ni para qué, mi mente lo necesitaba. Había personas que brillaban levemente como si guardaran algo intacto en su interior. Otras, en cambio, parecían huecas como si una parte de ellas se hubiera quedado atrás y nadie hubiera ido a buscarla.

Un día, mientras observaba desde el banco de la plaza, una de esas personas se detuvo de pronto. Era una mujer con un abrigo oscuro y largo. Sin las gafas no habría tenido nada en particular, pero con ellas su contorno parecía inestable, como si estuviera mal definido.

Levantó la cabeza y por primera vez sentí que no era yo quien estaba mirando. Era ella. Nuestros ojos se cruzaron apenas unos segundos, pero fue suficiente. Me quité las gafas casi de inmediato, tenía el corazón acelerado. Cuando volví a mirarla, la mujer ya se alejaba entre la gente, caminando con normalidad.

Me quedé allí sentada un buen rato, con las gafas bien apretadas entre las manos. Por primera vez desde que las tenía, sentí duda de qué era real y qué no.

A partir de ese día, empecé a notar pequeños fallos en el mundo cuando no las llevaba puestas.

Nada evidente. Detalles mínimos. Un reflejo donde no debía haberlo, un silencio

demasiado largo entre dos sonidos, una sensación constante de que algo se estaba desajustando. Me decía a mí misma que era cansancio, sugestión, imaginación. Pero en el fondo sabía que no lo era.

Una noche, mientras revisaba unos papeles antiguos en el estudio de mi abuelo, encontré una libreta escondida en el fondo de un cajón. Estaba llena de anotaciones desordenadas, dibujos de ojos, esquemas de la ciudad que no coincidían con ningún mapa real. En la última página había una frase escrita con pulso tembloroso:

El problema no es ver lo que otros no ven. El problema es que eso que ves empieza a necesitarte.

No volví a preguntarle nunca a mi abuelo por las gafas. Tal vez porque intuía la respuesta. Tal vez porque no quería oírla. Hoy sigo llevándolas conmigo. No siempre me las pongo. A veces las dejo en el fondo del bolso, otras las encierro en su estuche durante días. Pero siempre vuelvo a ellas. Porque ahora sé que no muestran una realidad distinta, sino la misma, solo que sin filtros, sin olvidos. Y porque, una vez que has aprendido a mirar de verdad, el mundo ya no te permite apartar la vista.

A veces pienso en quitármelas para siempre. Imagino una vida más sencilla, sin grietas luminosas ni sombras inquietas. Pero entonces recuerdo algo que entendí demasiado tarde: no todo el mundo puede ver.

Y alguien tiene que hacerlo.